

SHEILA QUERALT

**ATRAPADOS
POR LA LENGUA**

**50 CASOS RESUELTOS
POR LA LINGÜÍSTICA FORENSE**

LAROUSSE

Dirección editorial: Jordi Induráin
Coordinación de la obra: Sofía Acebo
Redacción: Sheila Queralt
Corrección: David Morán y Laura del Barrio
Diseño de cubierta, gráficos, maquetación y preimpresión: Víctor Gomollón

Primera edición: 2020

© Larousse Editorial, S. L.
Rosa Sensat, 9-11, 3.ª planta (08005 Barcelona, España)
Telf.: 34 93 241 35 05

-  larousse@larousse.es
-  www.larousse.es
-  [@Larousse_ESP](https://twitter.com/Larousse_ESP)
-  [@Larousse_ESP](https://www.instagram.com/Larousse_ESP)
-  [larousse_esp](https://www.facebook.com/larousse_esp)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes plagieren, reprodujeren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte y en cualquier tipo de soporte o a través de cualquier medio, una obra literaria, artística o científica sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-18100-15-4

DL: B-3375-2020

1E11

SUMARIO

Prólogo	13
Mi primera confesión	15
Preliminares forenses	27
Mad Bomber: el Bombardero Loco	29
CAPÍTULO 1: ANÁLISIS DEL LENGUAJE	37
Al pie de la letra	40
¿Me estás amenazando?	43
Ambigüedades	46
Dobles vidas: ¿contextos para dobles interpretaciones?	48
—¿Carne o pescado? —Póngamelo todo	52
11-S	54
La excepción importa	57
Un lenguaje accesible	59
La discapacidad en la justicia	65
Una sentencia con guiño	67
El lenguaje en la sala	69
Primeras impresiones	70
La importancia de los detalles	73
Google Traductor, abandone la comisaría, por favor	75
No son asuntos menores	78
Papá Noel	81
La lengua en los medios	83
(Im)precisiones lingüísticas (in)voluntarias	88

Presunto delincuente	90
Eufemismos partidistas	95
Comunicados terroristas	98
CAPÍTULO 2: PERFILES LINGÜÍSTICOS	101
—RING, RING —Laboratorio SQ, ¿en qué puedo ayudarle?	103
Unabomber	106
Una llamada de auxilio delatadora	110
Anabel Segura	114
Shock en Occidente: el mensaje del ISIS	118
Precious little girl	122
Los crímenes del Zodiaco	124
Se ha escrito un crimen	126
Y todavía más	128
Un plagio viral	133
CAPÍTULO 3: ATRIBUCIÓN DE AUTORÍA	135
Estimado delincuente: Escriba, que le voy a pillar. Quedo atenta a sus palabras.	137
The Federalist Papers	138
El canto del cuco	139
Jack el Destripador	141
Secreto profesional	143
Diana Quer	146
Un estafador en serie	150
Helena Jubany	157
CAPÍTULO 4: IDENTIFICACIÓN DE VOZ	163
¿Dígame?	165
El arma del crimen	167
Óscar Sánchez	172

Una duda auditiva razonable	175
Vuelo 370 de Malaysia Airlines	177
Un asesinato y un grito	182
El Destripador de Yorkshire	184
CAPÍTULO 5: IMITACIÓN	191
«A relaxing cup of café con leche in Plaza Mayor»	193
Lupín, un ciberestafador en serie	196
¿SMS o SOS?	199
Distancia de seguridad	205
Algo no me cuadra	207
Faltas que restan credibilidad	209
Los imitadores televisivos	212
La voz en el cambio de sexo	214
Un anónimo en tal lugar	216
Imitadores con placa	218
Ni los buenos son tan buenos, ni los malos son tan malos	219
Conversaciones prefabricadas	225
Los seis de Birmingham	229
De boca de otro	235
Mi confesión final	237
Curiosidades reveladoras	241
Agradecimientos	245
MIS RECOMENDACIONES	247

Prólogo

El más eminente de nuestros forenses, el doctor José Antonio García Andrade, sostenía que un cadáver cuenta muchas cosas: hablan sus heridas (sobre la mecánica de la muerte), su temperatura (que permite datar el fallecimiento), el contenido de su estómago (para conocer cuál fue la última comida), sus vísceras (que revelarán si la víctima ha ingerido algún tóxico), etc. Pero hace ya varias décadas que la ciencia forense traspasó las salas de autopsias y llegó a muchos más rincones. Primero fueron la dactiloscopia, la balística y la documentoscopia, y hoy hay todo un elenco de científicos de distintas especialidades al servicio de la justicia: químicos, biólogos, entomólogos, ingenieros informáticos, psicólogos... Una de las últimas disciplinas en incorporarse a este batallón de ciencias forenses ha sido la lingüística, el análisis de las palabras dichas o escritas. Igual que un fragmento minúsculo de piel en una uña de la víctima puede delatar a un asesino, la construcción de una oración, la utilización de un vocablo o un determinado acento puede ser la perdición de un criminal, la prueba sobre la que cimentar una acusación.

En las páginas que van a leer a continuación, Sheila Queralt, acreditada lingüista forense, repasa el ayer, el hoy y el mañana de la materia con la que se gana la vida y gracias a la que ya se han resuelto unos cuantos casos criminales de renombre y muchos otros litigios. La irrupción del ADN en los procesos judiciales sacó de la cárcel y hasta del corredor de la muerte a centenares de condenados por error. De momento, la lingüística forense ha liberado a Óscar Sánchez de una prisión italiana después de casi seiscientos días encerrado injustamente.

Lejos quedan ya los anónimos con amenazas elaborados con letras impresas recortadas o escritos a máquina. Hoy, la red se ha convertido en el escenario favorito para chantajistas, estafadores, extorsionadores y matones, que muchas veces son atrapados por la lengua, tal y como anuncia el título de este libro. Son presas ideales para los lingüistas forenses: sus expresiones, su forma de escribir, su tono... Todo ello conforma un perfil, que servirá para dar caza al autor del delito. Un mensaje de Telegram o un tuit, en manos de Sheila Queralt y los suyos, contiene tanta información como la escena de un crimen o un cadáver sobre una mesa de autopsias.

Veinticuatro años median entre el secuestro y asesinato de Anabel Segura (1993) y el crimen de Ángel Prieto (2017), un hombre de 81 años muerto en Santander a manos de unos atracadores. En uno y otro caso, la Policía contó con la voz de alguno de los autores del hecho, pero en el caso de Cantabria los lingüistas forenses hicieron posible la detención de los criminales. La voz de uno de ellos, que llamó a la Cruz Roja, reveló su origen, su nivel de estudios y su edad. Un perfil completo, a imagen y semejanza del que aportan los *profilers* de las unidades de análisis del comportamiento criminal, los *mindhunters*. La autora habla en estas páginas de este y de otros muchos casos en los que la voz es tan delatora como una huella dactilar.

La realidad, la materia con la que trabajamos los reporteros de sucesos, es el terreno en el que se mueven los lingüistas forenses, por increíble que pueda parecer. Ellos trabajan en la sombra, como tantos otros servidores de la justicia, para llevar a buen puerto sus investigaciones. Sheila Queralt ha decidido poner un poco de luz a su labor y la de sus colegas. Disfruten. Y ojo con lo que escriben o con lo que dicen. La lengua les delata.

Manuel Marlasca

Mi primera confesión

Antes de oír mi voz en una entrevista, muchas personas oyen eso de «doctora Queralt» y se imaginan a una señora de edad avanzada, con el pelo blanco y numerosas arrugas. Y digo antes de oír mi voz, porque estoy segura de que los que reciben la señal (como tú, si me has oído por la radio o por teléfono alguna vez) son capaces de realizar un perfil lingüístico *amateur*: al oírme eres capaz de reconocer mi sexo, mi edad aproximada e incluso mi procedencia. Quizá hasta identifiques mi voz. Bueno, pues es de cosas como esta de las que voy a hablarte en este libro, solo que, en vez de estudios *amateur*, te voy a hablar de estudios realizados por profesionales en el contexto de investigaciones privadas o policiales. Es posible que te sorprendas y descubras que sabes más sobre ciertos temas de lo que pensabas. Así que allá vamos. Abre bien los ojos, querido lector, y estate preparado para leer entre líneas. Atención, que esto va de detectives de la lengua.

La idea preconcebida que se forma mucha gente sobre mí al identificarme con el sintagma «doctora Queralt» está bastante alejada de la verdad. Y eso genera situaciones divertidas. Me encanta ver la cara de sorpresa que se les queda a muchas personas al verme. Incluso las miradas que intercambian algunos abogados y sus clientes, que sin duda se preguntan si esa mujer joven, entusiasta, sin rastro de canas (me tiño las pocas que se obstinan en salir) y sin arrugas (en todo caso, con alguna pequeña marca de expresión) es de verdad la doctora Queralt. Sus reacciones no tienen precio. Hay quien aprovecha cuando salgo a buscar un café o una tila (dependiendo de cómo se corte el aire) para comentar con alguno de mis colaboradores: «Anda, pues yo me la imaginaba

mayor» o «Parece muy joven, ¿no?». Imagina el panorama cuando aparezco en los cursos que imparto a algunas unidades policiales especializadas. Muchas veces, antes de verme entrar, solo han oído: «Mañana vendrá la doctora Queralt a hablar de lingüística forense». Imagino que, en primer lugar, se preguntarán: «Que vendrá a hablarnos ¿de qué?». «De lingüística forense.» «¿Y eso qué es?» (Porque claro, cuando tienes un problema del tipo que sea, lo primero que piensas no es: «¡Necesito a un lingüista forense ahora mismo!».) En segundo lugar, cuando entro en clase, ven a una chica chiquitilla, alegre... y deben de pensar: «¿Cómo va a ser esta la doctora? Será la becaria». ¡Cómo me gusta cambiar esa primera impresión y dejarlos con la boca abierta!

En otras situaciones, sin embargo, eso de que mi apariencia no coincida con las expectativas de algunas personas sobre cómo es físicamente un experto me ha traído más de un problema. Ya te lo contaré más adelante.

Bromas aparte, me gustaría ponerme seria (solo un momento) y contarte lo importante que es para mí algo que indicaba José María Martínez Val, jurista español, autor del *Decálogo de moral profesional*. Recalcaba la necesidad de que el cliente salga de la consulta confiado y sabiendo que ha sido escuchado, atendido y aconsejado a conciencia. Y es que los lingüistas forenses tratamos diariamente con personas reales que tienen problemas reales, a pesar de que las consideremos nuestro objeto de estudio. A nosotros, esos problemas nos pueden resultar lejanos o podemos pensar que no son lo peor del mundo. No obstante, debemos tener siempre presente que, para la persona que acude a nuestra consulta, su problema es su mundo.

El respeto a las personas que pasan por nuestra consulta y la seriedad profesional son dos de los valores que intento transmitir a futuros lingüistas forenses. De hecho, este libro, como ya habrás podido observar, se parece más a una charla con alguno de mis

alumnos que a un libro convencional. Espero que no te moleste que te tutee.

Llegados a este punto, puede que te estés preguntando algo que me han preguntado en varias ocasiones, tanto en cursos como en entrevistas: «¿Cómo te convertiste en lingüista forense?». Como muchísima gente, no supe de la existencia de esta profesión hasta que conocí a alguien que me habló de ella. Desde muy pequeña siempre me habían gustado las lenguas y cuando fui creciendo pensé que me gustaría ser intérprete o jueza. Imaginarme como jueza me gustaba mucho por mi sentido de la justicia, de la disciplina y de la ética, pero también me visualizaba sentada a un escritorio, inundada de libros, memorizando leyes y artículos, con pocos ejercicios prácticos que hacer... ¡Qué aburrimiento! Al final, sopesé expectativas y realidad, y concluí que lo de hacerme jueza me costaría algo más que unos dedos sin uñas. ¡Eso no era para mí! Necesitaba algo más de vidilla, más aventura, más mundo, más interacción social. Me imaginé viajando por el mundo, interpretando en conferencias y..., cosas de la vida, resulta que ahora soy yo la conferenciante y que además soy una conferenciante de esas que una intérprete odia. A pesar de haber estudiado la carrera de Traducción e Interpretación, cuando me entusiasmo en mis charlas (que suele ser siempre), mi velocidad de habla se dispara por encima de la media nacional de 6,60 sílabas por segundo sin contar pausas. Ostento un récord personal de 7,96 en habla espontánea. Explicaré un poquito más este tema en el capítulo 2.

Aprovecho para pedir desde aquí una enorme disculpa a todos los intérpretes que han tenido que seguir mi ritmo. De verdad que lo hago sin querer. Y, ya que estamos, también pido disculpas a todos los taquígrafos de tribunal, esos escribientes que vemos en las películas teclear en una máquina de escribir especial o en un ordenador a la velocidad del habla (por no decir de la luz). ¡Suer-

te que ahora casi siempre se graban! ¡Qué alivio! Aunque recuerdo que una vez, en un juicio en Pamplona, no funcionaba el audio y tuvo que venir una taquígrafa. Le pedí disculpas nada más verla entrar. Creo que esa vez me porté bien... La tenía a dos pasos y no paraba de escuchar el tac-tac-tac del teclado. Bueno, más bien era algo así como tac-tac-tac-tac-tac-tac, TAC-TAC, TA-TA-TA-TA-TAC, combinado con algún que otro resoplido. Vaya, ahora que lo leo, quizá no me porté tan bien como recordaba...

Por cierto, ¿no te pasa que a veces estás escribiendo y te faltan los emoticonos o los *gifs*? Ahora, si estuviera escribiendo en una red social, habría usado un emoticono de demonio o un *gif* para describir los sentimientos de la taquígrafa: «Ganas de matar al testigo: nivel 100». Pero no siempre escribimos igual. No es lo mismo cuando escribimos una novela que cuando escribimos un tuit o un correo electrónico. Ni tampoco es lo mismo escribir a tu jefe quejándote por esas horas extras que no cobras que a tu pareja porque ha olvidado bajar la basura (¡otra vez!).

Hay muchos factores que influyen en nuestra forma de expresarnos: el contexto, nuestra red social (el intrincado tejido de conocidos, amigos y familiares), a quién le escribimos e incluso nuestro objetivo. Imagínate a un secuestrador escribiendo una carta de rescate con emoticonos. No pega, ¿no? Hay formas o expresiones que son esperables en cierto contexto y otras que no. Esas que no son esperables son las que voy a analizar como lingüista forense. Tu forma de escribir te delata... ¡y te voy a pillar!

Pero, bueno, eso se dice muy rápido (o no; dependerá de la velocidad de habla del locutor). La cuestión es que no he llegado hasta aquí simplemente por ese interés por la lengua y el amor por la justicia de los que te hablaba. Tuve que estudiar durante mucho tiempo y analizar muchísimos textos, pasarme horas y horas delante del ordenador leyendo escritos una y otra vez para encontrar el mayor número de pistas posibles (hasta el punto de

aprendérmelos de memoria), marcando todo lo que «me sonaba mal» y lo que «me sonaba bien». Leía una vez el texto para familiarizarme con él. Luego, volvía a leerlo y marcaba cada una de las palabras. Después volvía a leer el texto y marcaba cada uno de los sintagmas, volvía a leer el texto y marcaba cada una de las frases, volvía a leer el texto y anotaba el objetivo de cada frase, de cada párrafo, del conjunto... Sin embargo, esta profesión no solo requiere saber de lengua y saber realizar análisis lingüísticos (si fuera así, nos llamaríamos solo *lingüistas*). Tenemos un adjetivo que acompaña y especifica las cualidades del sustantivo: *forense*. Por eso, para ser lingüista forense estudié un máster en Lingüística Forense, que complementé con otros cinco: Policía Científica e Inteligencia Criminal, Ciencias del Grafismo, Estadística Aplicada a la Investigación, Lingüística Teórica y Aplicada y, por último, Criminalística. Seguramente pequé de curiosa, de querer formarme en todas las materias que pueden complementar mi investigación. Creo que a veces sufro algunos de los síntomas del síndrome del explorador, del cual habla Mar Abad en uno de sus fantásticos artículos en *Yorokobu*. Y es que no puedo parar de aprender, investigar y descubrir sobre materias que pueden complementar mis estudios.

Más de una vez, mi mentora, la doctora Maria Teresa Turell, quien compartió sin censura todo su conocimiento y a la cual le debo prácticamente todo lo que sé en este campo, tuvo que frenar mi adicción por saber. Aun así, nunca me cortó las alas, incluso a riesgo de que volara lejos de ella. Me dejó descubrir por mí misma y me dio todas las oportunidades que necesité. Sin ella, nunca habría sido una lingüista forense de profesión.

No obstante, la verdad es que con la doctora Turell (*Maitte* para los que la conocíamos) no tuve un *crush*, como se dice ahora. Fue mi profesora de inglés durante el primer año de la licenciatura y el segundo año me fui de Erasmus a Dinamarca. La magia

no ocurrió hasta que volví de ese (bendito) Erasmus y un día me encontré en la puerta de entrada de la universidad un cartel en el que aparecía un mazo encima de un teclado y decía: «Lingüística Forense». Al verlo, me quedé fascinada. Leí rápidamente toda la información que pude y vi que aquella disciplina trataba de analizar la lengua (eso que tanto amaba hacer), investigar y aplicar todo ese conocimiento lingüístico al derecho. En el cartel, se definía la lingüística forense como la interfaz entre la lengua y el derecho y (ahí sí) tuve un *crush*. Recuerdo que no podía esperar a que llegara el viernes para volver a coger el autobús durante una hora y media y volver a casa para explicarle a mis padres que mi vida había dado un vuelco (y su bolsillo también lo haría en breve): había encontrado lo que iba a ser el amor de mi vida profesional.

A pesar del precio del máster, mis padres no lo dudaron ni un minuto. Me dijeron que adelante y me dieron todo su apoyo para conseguir mi sueño. No sé si mis padres recuerdan ese día con la misma claridad que yo. En la conversación nocturna que tuvimos antes de la cena les puse de manifiesto que quería estudiar algo que desconocían totalmente y que no era precisamente barato, pero pudieron ver en mis ojos que lo que les contaba realmente era el sueño de mi vida y también sabían que, como siempre, no iba a parar hasta conseguirlo. (No me doy por vencida fácilmente y, si no, que se lo digan a mis queridos delincuentes.) Con la misma claridad recuerdo unas palabras de mi padre. Quizá él no se acuerde de esto o nunca se haya dado cuenta de la importancia que ha tenido la frase que pronunció aquel día, pero me dijo: «Hablando la gente se entiende». Aunque, bueno, a veces no es así y por eso me llaman.

A pesar de no ser lingüistas, mis padres tenían muy claro el poder de las palabras. Me animaron a ir al despacho de Maite para hablar con ella y explicarle que aquello era mi sueño. Ni corta ni

perezosa (y, por qué no decirlo, con mi salero), así lo hice. Pronto le envié un mensaje a su dirección de correo electrónico diciendo que quería una reunión con ella. Me contestó muy rápidamente y el día en cuestión me presenté en su puerta cinco minutos antes de lo acordado. No podía esperar más. ¡Estaba tan entusiasmada! De hecho, abrí la puerta con tanto entusiasmo, que la asusté y bromeamos sobre eso. Rápidamente vio en mí esa pasión compartida por la disciplina, percibió esa seguridad en mi objetivo y me confesó que se sorprendía de que yo lo tuviera tan claro siendo tan joven.

Maite me envió una extensa lista con bibliografía general y específica que todavía conservo. Durante los siguientes dos años no coincidimos, pero yo me leí de pe a pa todos los libros. Finalicé la doble licenciatura en Traducción e Interpretación y en Lingüística y empecé mi ansiado máster. Dos días después de empezar la primera semana del curso, recibí un correo electrónico por la tarde. Fue uno de esos correos que te cambian la vida, uno de esos que imprimirías y colgarías en la pared, con un marco chillón, pero que por vergüenza no lo haces (confieso que todavía lo tengo). Lo abrí, lo leí y empecé a revolotear por la habitación, a saltar encima de la cama y a gritar de alegría. Enseguida se unieron a mi euforia mis compañeras de piso, que, a pesar de no saber qué me había pasado, lo celebraron conmigo saltando en la cama como locas. Saltamos tanto sobre ella que la rompimos (¡por suerte, era de Ikea!). Maite me ofrecía un contrato de dos años en el único laboratorio de lingüística forense del mundo hispanohablante y uno de los pocos que existían en todo el mundo. La verdad es que era un correo curioso, ya que casi se disculpaba por no poder ofrecerme más que un contrato de dos años y me preguntaba si quería aceptarlo. Pero ¿cómo no iba a aceptarlo? ¡Era lo mejor que me había pasado en la vida! Creo que esa noche no dormí casi nada, pero no me importó. ¡Estaba taaan feliz! Y así fue

cómo empecé a trabajar en uno de los laboratorios de lingüística forense más punteros, con veintiún años y habiendo cursado tan solo dos días de máster. Fue entonces cuando empecé a creer que todo es posible.

El primer caso en el que trabajé fue un informe pericial internacional solicitado por una petrolera. Yo me encargaba de realizar los análisis lingüísticos asistidos con herramientas computacionales. Ahí aprendí y entendí que no siempre vamos a trabajar para «los buenos». A veces toca trabajar para «los malos». Eso no quita que no me alegrara cada vez que los resultados eran contrarios a lo que esperaba la petrolera y no le podíamos entregar un informe que fuera favorable a su posición. Aun así, en aquel primer caso aprendí que no importa para quién trabajas, ya que, con tu opinión de experto, estás ayudando a encontrar la verdad del caso y, por tanto, a que se pueda hacer justicia. También aprendí que la remuneración del lingüista forense está acorde con el nivel de conocimiento que debe poseer y con su grado de formación especializada (he visto presupuestos de periciales lingüísticas por más de 87 000 euros que, obvia y tristemente, yo no cobré). Nuestras conclusiones en los dictámenes periciales son fruto de la observación, de la cuantificación de las marcas lingüísticas y de su contraste con las teorías lingüísticas relevantes. No se trata de llegar a conclusiones subjetivas fruto de un don o de que se nos dé bien la lengua. Ni tampoco somos profesores universitarios aburridos y arruinados, como el personaje ficticio de *El cazador de estilemas*, de Álex Grijelmo.

Trabajar en aquel laboratorio universitario me aportó muchas experiencias. Gracias a ello pude viajar y aprender de los mejores lingüistas forenses. Aprendí a dar conferencias, a escuchar al cliente, a conocer los límites de lo que podemos ofrecer. También asistí a mis primeros juicios, primero como público (para estudiar el lenguaje verbal y no verbal de mi mentora, así como

del resto de agentes judiciales) y después como perito. Suerte que asistí a multitud de juicios como aprendiz, porque, a pesar de que habíamos hecho simulacros en el máster y en el laboratorio, toda preparación es poca para ser parte activa de un juicio. Desde fuera, uno se imagina que participar en un juicio es una experiencia dura. Y, sí, lo es. Incluso peor.

Sin duda, trabajar en el laboratorio fue como obtener el billete dorado para visitar la fábrica de chocolate. Pero, como sucede en las películas, el sueño de trabajar allí llegó a su fin. La universidad decidió cerrar las puertas a la lingüística forense, a pesar de los esfuerzos de los investigadores por mantener el laboratorio e, incluso, de las recomendaciones de los profesionales internacionales de nuestro sector contrarias a su cierre.

Cuando clausuraron el laboratorio, recordé un diálogo de la película *El laberinto del fauno*, de Guillermo del Toro:

—La puerta está cerrada.

—En ese caso, haced vuestra propia puerta.

Y eso hice. Decidí convertirme en una emprendedora de esas de las que tanto se hablaba y abrir mi propio laboratorio. También recordé de nuevo esa frase de mi padre: «Hablando se entiende la gente» (y le añado también: «... y se conoce y tiene la oportunidad de compartir experiencias y establecer conexiones»). Cuando recibo una invitación o se me presenta una nueva oportunidad intento no dar nunca un no por respuesta. Saco tiempo, le pongo ganas y voy con todas mis armas: profesionalidad, cercanía y pasión. Y así es cómo he ido conociendo y rodeándome de personas de todos los sectores: profesionales de la comunicación, la edición, el derecho, la criminalística y la lucha contra el cibercrimen.

Retomando el tema de las charlas, la verdad es que, cuando doy una, no solo yo causo sorpresa, sino también la temática de la que hablo, la lingüística forense. Mucha gente piensa que voy a

hablar de lenguas muertas o de lo que dicen los muertos. Vamos a dejar algo claro de una vez por todas: los muertos no hablan (aunque tuve mis dudas una vez que me llegó un caso con psicofonías, pero esa es otra historia). Si has llegado hasta aquí, supongo que ya sabes que lo que hago es analizar la lengua para aportar pruebas durante la investigación o en un juicio. Por ejemplo, intento resolver preguntas como: ¿quién hay detrás de un mensaje de voz o de una cuenta de Twitter? Así que dime, ¿te parece interesante? Porque si no es así, ya puedes cerrar el libro. No, no, ¡es broma! Te voy a contar no solo qué puedo hacer, sino cómo han contribuido los análisis lingüísticos a resolver algunos de los casos más sonados de este planeta, cómo transcurrió la investigación y, quizá, algún detalle algo más confidencial... (pero, ¡shhh!, que quede entre nosotros).

Sigue leyendo porque te voy a explicar cosas superinteresantes. La verdad es que no siempre he estado tan segura de que a la persona que está al otro lado le fuera a interesar lo que le iba a contar. Por ejemplo, una vez me invitaron a un seminario de ciencias forenses emergentes. Cuando consulté el programa, vi que todo iba de análisis biológicos y tuve que contactar con el organizador para confirmar que sabía que no analizaba cadáveres, sino que lo que analizaba era la lengua. Tuve la oportunidad de asistir a unas conferencias maravillosas, a pesar de que la mayoría de las charlas trataban de temas totalmente ajenos a mi realidad. El ponente que habló antes que yo, sin ir más lejos, era un experto estadounidense que, entre otras cosas que investigaba de las que no puedo decir nada, nos explicó que estaban trabajando en la elaboración de un retrato robot a partir del ADN. (¿Te imaginas que, de una gota de sangre o de un pelo encontrados en la escena del crimen, podamos obtener un retrato robot? Alucinante, ¿verdad? ¡Ya no te iba a servir de nada llevar una máscara de payaso aterrador!) Los expertos forenses podrían predecir informáticamente la forma de

nuestro rostro en 3D, que se ajustaría bastante a la realidad, utilizando el código genético que determina nuestro color de piel, de ojos, de pelo, nuestra altura e incluso la longitud de nuestra nariz, la altura de nuestros pómulos o la forma de nuestro mentón.

Imagina mi apuro: después de esa conferencia que parecía sacada de un relato de ciencia ficción, iba a salir yo a hablar de sustantivos, de la posición de los adverbios y de formantes. Tuve que echar mano de una de las bromas que hago al empezar el curso para despertar a aquellos estudiantes que no se han tomado el café antes de ir a clase. Les expliqué a los asistentes que mi trabajo consistía en desvelar las últimas palabras que había pronunciado la víctima antes de morir. «Una vez me llega el cadáver de un caso de asesinato, analizo la posición de la lengua, la apertura de la boca y la longitud de las cuerdas vocales para determinar cuál fue la última sílaba o incluso, en algunos casos, la última palabra que dijo la víctima —dije con un semblante serio y sin reírme ni una sola vez—. Además —ya me había venido arriba—, la última palabra suele coincidir, en la mayoría de los casos, con el nombre del asesino.» ¡Ellos también alucinaron! Aunque, claro, todo aquello era mentira. Ya sabes, a veces es necesario crear un impacto para captar la atención del público. Después de ese inicio, tuve que confesar que no era así y espero que resetearan y retuvieran lo que sí hacemos los lingüistas forenses.

A propósito, por cuestiones de confidencialidad, no puedo explicar algunos de los casos más apasionantes en los que he trabajado. Algunos te ponen los pelos de punta por la crueldad que puede alcanzar el ser humano, por su rabiosa actualidad o por los altos poderes que se ven involucrados. A lo mejor, cuando la idea errónea que suscita lo de «doctora Queralt» se corresponda con la realidad (o cuando los delitos imputables hayan prescrito, o los casos ya no sean actualidad), podré desvelar algunos de los trapos más sucios y oscuros de nuestra sociedad. Todos los casos

que explico a continuación son reales, aunque en algunos he tenido que cambiar nombres o modificar algunos detalles no imprescindibles para que no sean reconocibles o para evitar romper el secreto profesional al que me debo, en el caso de que no sea información pública. Eso sí, cuando modifique algo, te lo diré.

¿Estás listo para empezar a leer sobre delitos lingüísticos?

Preliminares forenses

Estoy segura de que estás deseando que te hable de los casos que han recibido más atención de los medios (como el de Unabomber), que tienen que ver con algunos de los temas más atractivos de la lingüística forense como son la construcción de perfiles (es decir, la extracción de rasgos de una persona según su forma de escribir o de hablar), la atribución de autoría de un texto (por ejemplo, cuando alguien se pregunta: «¿Ese *hater* de Twitter era mi antiguo *follower*?») o la identificación de voz («¿Quién me está amenazando por teléfono?»). Si eres famoso, quizá te interese saber si alguien puede cometer un crimen y hacerse pasar por ti (¿te puede falsear un delincuente?). Sin embargo, antes de empezar con los casos más sonados, abriremos boca con algunos análisis lingüísticos que ayudaron a resolver casos peliagudos, aunque no necesariamente relacionados con delitos de sangre.

En los inicios de la lingüística forense, los lingüistas solían trabajar de forma individual. Quizá no trabajaran a oscuras y solos en una habitación aislados del mundo como el detective de ficción Auguste Dupin, pero bien es cierto que tampoco lo hacían en equipos multidisciplinarios como hacemos algunos de nosotros ahora. A medida que esta disciplina se difunde entre los agentes judiciales, cada vez más a menudo trabajamos en equipos formados por detectives, analistas de datos, expertos en cibercrimen, perfiladores criminales... De cada uno de nosotros se espera que alcance unos objetivos que permitan resolver ciertas preguntas del caso. Por ejemplo, uno de los expertos que más te sonará, si ves la serie de televisión *Mentes criminales*, es el perfilador criminal. A esta figura siempre se le formula una pregunta fundamental:

«¿Qué tipo de persona puede haber hecho algo así?». Los perfiladores interpretan pistas que se encuentran en la escena del crimen para describir el comportamiento del delincuente. Lo hacen de forma algo parecida a como un médico evalúa los síntomas que presenta el paciente para poder diagnosticarlo: extraen conclusiones de los patrones que aparecen durante la investigación. Este *modus operandi* del médico y del perfilador criminal también lo aplica el lingüista forense. Nosotros analizamos los «síntomas» lingüísticos, determinamos los patrones del autor y «diagnosticamos» su origen, edad, nivel educativo, etc., más probables.

¿Empezamos? ¿Vemos ya un ejemplo de diagnóstico criminológico? El primer caso que te voy a contar no va precisamente de lingüistas forenses, pero sí de cómo a veces una mirada nueva en una investigación puede ayudar a esclarecer un crimen. Y eso es lo que hacemos normalmente nosotros. Generalmente, cuando me llama una unidad policial con la que nunca antes he trabajado o un cliente particular es porque ya no saben qué más buscar y, al final, piensan que la clave de su enigma podría residir en la lengua. Algo parecido sucedió con el siguiente caso.



Mad Bomber: el Bombardero Loco

En 1940, en la ventana de uno de los edificios de la empresa Consolidated Edison de Nueva York, que suministraba energía a la ciudad, comenzó lo que iba a ser una cadena de explosiones que duraría más de quince años. Durante la jornada laboral, unos trabajadores se dieron cuenta de que había un paquete sospechoso y decidieron llamar a la policía. Los agentes comprobaron que se trataba de una bomba y encontraron una nota que decía: «¡Ladrones de la Compañía Edison, esto es para vosotros!». Durante la siguiente década y media se produjeron explosiones atribuidas al que los medios llamaron Mad Bomber («el Loco de las Bombas», en español). Fueron más de treinta bombas colocadas en lugares tan concurridos como las estaciones de tren de Pennsylvania o Grand Central, el teatro Paramount de Brooklyn o la biblioteca pública de Nueva York. También puso artefactos en cabinas telefónicas y en otros edificios de la empresa. Por fortuna, las bombas eran de poca potencia y nunca llegaron a matar a nadie. Seguramente, el atacante no quería matar a nadie, pero entonces ¿qué pretendía? Las fuerzas policiales estaban desesperadas. No sabían qué hacer (debemos recordar en este punto que las ciencias forenses en la década de 1950 estaban todavía en sus inicios). Además de las bombas, el Mad Bomber también enviaba cartas con tono burlón que hacía llegar a los periódicos más influyentes de la ciudad. Estas cartas o bien eran manuscritas o de esas que a todos nos vienen a la mente cuando pensamos en un anónimo. Sí, las típicas hechas con la (sofisticadísima) técnica del «corta y

I Will make No MoRE.
Bomb units for
THE dURATion of The
waR— My
PATRiOtic Feelings HAVe
Ma de ME DECIDE THIS —
LA TER I WILL bRing THE
CON edison TO JustICE
— They Will PAy for
their da stAr dly dEEdS



<https://bit.ly/2OQJN0o>

pega de letras». Desafortunadamente, hoy en día ya no se envían de ese tipo. Será que ya no se llevan y que los delincuentes saben que es posible analizar los rastros biológicos e incluso descubrir en qué supermercado han comprado el tubo de pegamento. ¡La delincuencia ya no es lo que era!

En esas cartas alguien que parecía firmar como F. P. hacía peticiones e injuriaba a la empresa. ¿Quizá el objetivo estaba en esas cartas? ¿Quería enviar un mensaje a los culpables de su situación? Los testigos nunca pudieron aportar un sospechoso. Los investigadores tampoco tenían un retrato robot. Simplemente se creía que era un extrabajador por el contenido de esas cartas, pero, como puedes ver, tenían pocos indicios para poder cazarlo. La situación era tan desesperada y la presión social tan alta que incluso llegaron a ofrecer 26 000 dólares de recompensa por cualquier pista que pudiera ayudar a su detención.

La investigación policial, los análisis caligráficos y de las huellas dactilares no contribuían a que la investigación avanzara. Finalmente, después de revisar los detalles del caso una y otra vez para llegar siempre a un callejón sin salida, en 1957 el capitán Cronin y el inspector Finney decidieron probar algo nuevo. Pensaron que una persona que era capaz de poner más de treinta bombas a lo largo de quince años debía de estar muy mal de la cabeza; así que lo mejor sería preguntar a un especialista de la cabeza, ¿no? Recurrieron al psiquiatra James A. Brussel para dar caza al Mad Bomber. Era una estrategia de investigación totalmente novedosa para la época. Brussel ejercía como especialista en salud mental en Nueva York y tenía contactos en el FBI.

Lo que hicieron Cronin, Finney y Brussel no fue solo inaugurar una nueva estrategia de investigación: sino que también crearon una nueva técnica de investigación, la perfilación criminal. Normalmente, cuando Brussel analizaba a sus pacientes, se sentaba ante ellos, podía hacerles preguntas y dialogar con ellos.

En cambio, en este caso, tuvo que hacer un análisis a partir de las pruebas o de los «síntomas» de sus condiciones para poder ofrecer un diagnóstico. A través del análisis de las fotografías de los escenarios, de las bombas y de las cartas del autor de los atentados, el psiquiatra pudo llegar a las siguientes conclusiones:

Se trata de un varón adulto, de unos cincuenta años, nacido en el extranjero (posiblemente del este de Europa) pero residente en Connecticut o Bridgeport. Es religioso y soltero. No tiene pareja ni hijos. Odiaba a su padre y tenía un amor obsesivo por su madre. Vive con un hermano o una hermana. Ha tenido un trabajo relacionado con la mecánica o la electricidad. Además, debe de ser un hombre meticuloso y perfeccionista en su trabajo.

Los investigadores se quedaron asombrados: ¿cómo había podido alguien extraer toda esa información viendo las mismas fotografías y leyendo las mismas cartas que ellos habían examinado tantísimas veces sin resultados? Además, al finalizar su discurso y cuando ya estaba a punto de irse, Brussel añadió: «Cuando lo encuentren, puede que lleve un traje cruzado abotonado». Un detalle, como poco, curioso, que les dejó incluso más escépticos sobre el pronóstico. ¿Cómo podía predecir cómo iría vestido?

Al principio, pensaron que esa información no les sería de mucha ayuda, pero decidieron publicar el perfil en los periódicos para ver si alguien podía reconocer a algún conocido que tuviera esos síntomas. Centenares de personas contactaron con la policía. Algunos incluso decían que ellos mismos eran el Mad Bomber. Pero aquellas llamadas parecían no llevar a ninguna parte. Finalmente, los agentes decidieron enviar un mensaje directo al atacante a través de los periódicos. En él, le decían que debía

entregarse o que explicara los motivos de esos ataques. Al cabo de pocos días, el Mad Bomber contestó a través de una carta al periódico diciendo que la culpa de todo el conflicto era de la empresa Edison, para la que había trabajado.

Con ese dato pudieron confirmar que se trataba de un trabajador y empezaron a revisar los expedientes de todos los trabajadores que habían sido despedidos o que habían tenido algún conflicto con Edison. Se toparon con un expediente que contenía documentos sobre un empleado que había desarrollado una tuberculosis tras sufrir un accidente laboral el 5 de septiembre de 1931, antes de que empezaran las bombas. La empresa no había querido indemnizarlo.

El ya sospechoso era George Metesky, residente en Connecticut. A pesar de que las iniciales no encajaban con F.P., parecía que el resto de los detalles encajaban con el perfil ofrecido por Brussel, excepto que viviera con una hermana. En realidad, Metesky vivía con... ¡dos hermanas solteras! En el momento del arresto, Metesky miró a los agentes y les dijo: «Ya sé por qué están aquí. Creen que soy el Mad Bomber». Los agentes le preguntaron qué significaba F.P. y él respondió *fair play* («juego limpio»). Los agentes procedieron a su arresto y le pidieron que se vistiera para ir a comisaría, ya que lo encontraron en pijama. Y adivina cómo salió de su dormitorio: ¡con un traje cruzado perfectamente abotonado!

En un primer momento, puede parecer que lo de Brussel fue pura suerte. Lo que hizo realmente el pionero doctor Brussel fue un proceso de inducción: observó elementos de la escena de los crímenes y extrajo conclusiones. Brussel explicó que una escritura tan ofensiva y delirante como la del Mad Bomber debía de ser de alguien con un trastorno paranoide de la personalidad. Este trastorno suele acentuarse en sus cartas en la edad adulta. La forma de redactar las cartas y de diseñar las bombas mostraban que

era una persona meticulosa, ordenada y perfeccionista. Además, para la construcción de sus explosivos necesitaba conocimientos de electricidad y mecánica. El análisis del lenguaje utilizado en las cartas le permitió al doctor Brussel determinar que tenía un nivel educativo alto, pero que no había ido a la universidad.

Por otro lado, las cartas se enviaban desde Westchester, pero sabemos que muy pocos delincuentes las envían desde donde viven para que no los pillen. Se debía tener en cuenta que, según los estudios demográficos disponibles, la zona de Bridgeport en Connecticut tenía entonces mucha población de Europa del Este y, para ir a Nueva York desde allí, se tenía que pasar por Westchester. La hipótesis sobre el origen extranjero o que viviera en una comunidad de origen extranjero también se veía reforzada con el tipo de ataque (el uso de artefactos explosivos), así como por el tono formal, el vocabulario y el uso de algunas expresiones de las cartas. Sobre el detalle más curioso, el del traje cruzado y abotonado, Brussel pensó que un hombre adulto en 1950 utilizaba un traje cruzado como prenda de vestir de cada día y, si a eso le añadimos el alto nivel de meticulosidad y perfeccionismo del sujeto, cabía deducir que no lo llevaría de cualquier modo, sino de forma impecable y perfecta. Y es que nuestro comportamiento, incluido el lingüístico, describe nuestra forma de ser.

Esta metodología inductiva es la que también sigue un lingüista forense para construir un perfil lingüístico. Observamos las marcas que deja el delincuente en sus cartas o en las grabaciones y extraemos conclusiones sobre él. Aun así, no esperes que te digamos cómo va a salir vestido el delincuente. En todo caso, te diremos en qué lengua (o lenguas) se va a poder comunicar.

Pero para que no te quedes con la duda, te contaré qué sucedió con Metesky. Resulta que fue declarado incapacitado mentalmente para poder afrontar un juicio por los 47 delitos que se le imputaban (entre ellos, intento de asesinato, daños a edificios

por las explosiones o portar armas ocultas). Fue internado en el hospital psiquiátrico Matteawan State para delincuentes, del que fue dado de alta en 1973, puesto que no se consideraba un peligro para la población. Hasta dónde yo sé, su vida desde entonces fue tranquila y en 1994 murió a los noventa años. Algunos investigadores declaran que los ataques del Mad Bomber sirvieron de inspiración para el asesino conocido como el Zodiaco y para el Unabomber. En estos casos posteriores, la pericia del lingüista involucrado en la investigación fue clave, como te voy a contar más adelante.